

EL ALMA DE GARIBAY

Semanario humorístico Oscense

Director D. Fulano de Tal

La correspondencia á D. Raimundo Rodríguez
Calle de Ainsa, núm. 7. 1.º

Redactores los que vayan saliendo

Verá la luz cuando lo dejen, pero deseando ser leído de *tútili mundi* hará lo posible por salir á la calle los domingos antes de las once, aunque no haya salido el sol, para aprovechar el de-canso dominical de sus lectores.

Precio de cada número, cinco miserables céntimos, o sea el precio de dos churros.

Los números atrasados se rebajarán de precio, no sea que se rancien y después no los quieran por ningún dinero.

Para fuera de la capital bastará que los curiosos que nos quieran leer remitan á nuestro Administrador en sellos de correo o como Dios les dé á entender, cinco reales o *séase* una peseta columnaria y tendrán buen humor un día á la semana por espacio de medio año. Si ustedes piden mas, no tengo inconveniente en afirmar que son unos gorriones.

A los repartidores que nos pidan 25 números, se les hará la rebaja de costumbre.

PROPÓSITOS DE ESTA PUBLICACION

Los mejores del mundo, puesto que tratará de instruir deleitando, combatiendo de paso todo lo malo que, á juicio suyo, haya en la capital y su provincia, como, por ejemplo, el caciquismo que divide en castas y razas á los nobles descendientes de D. Ramiro.

Se admite la colaboración de cuantos estén identificados con el programa que antecede, siempre que no lo hagan en serio, porque para caras serias ya tiene suficiente el Director con la de su suegra.

Un maestro para "El Diario,"

II

El maestro que le hemos buscado á *El Diario* es nada menos que el conocido propagandista anticatólico D. Miguel Unamuno, Rector de la Universidad de Salamanca, el cual le proporciona, ó mejor, le *encaja*, unas lecciones de doctrina cristiana que cantan en la mano.

Dicho propagandista, en un artículo suyo, que con el título de «Religión y política» ha publicado en la revista *Faro*, después de dejar bien notada la intensidad y extensión actual de la actividad católica, y la impopularidad de los radicales que tienen sus enemigos en el *pueblo mismo*, sienta las siguientes afirmaciones valiosísimas: 1.ª La de que el sacerdote católico, al recomendar á los fieles que no lean un periódico liberal y sectario, usan de un *perfectísimo derecho*. 2.ª El reconocimiento de la autoridad episcopal en la aprobación y hasta presentación de candidatos. 3.ª La confesión de que la Religión no se puede ni se debe separar de la política, porque ésta, como toda la vida colectiva, debe estar informada por el espíritu religioso. 4.ª Que el hombre que en su conducta privada y pública prescinde de la ley de Dios, será siempre inhábil para gobernar á los demás hombres.

Veamos ahora cómo el mismo Sr. Unamuno desenvuelve esta misma doctrina á fuerza de palmetazos, convencido, sin duda, de que no de otra manera puede inculcarse á discípulos tan díscolos como *El Diario* y su santón. Copiamos á la letra el citado artículo del *Faro*, que dice así:

«Andan por ahí, por esas ciudades y villas de nuestra España, unos cuantos oradores andantes, metidos en la empresa de levantar el espíritu liberal de la Patria. Está muy bien eso; pero no estará menos bien el que nos preguntemos qué sea ese espíritu liberal y cuál el mejor modo de levantarlo.

Desde hace algún tiempo, y más en especial desde la caída del gabinete López Domínguez, viene la prensa que se llama liberal hablándonos de los avances del clericalismo. Quieren de-

cir con esto, los esfuerzos que la Iglesia católica, apostólica y romana hace para influir lo más posible en todos los órdenes de la vida y entre ellos, es claro, el político; su labor para salirse de los templos, é informar las instituciones y costumbres sociales todas, conforme á sus doctrinas.

Es indudable que, de algún tiempo acá, los católicos muestran una mayor actividad social y pública en España, organizándose para diversos fines. Persiguen la pornografía en el teatro y la literatura; combaten á los periódicos que admiten en sus columnas escritos no ortodoxos—periódicos que en un mismo artículo, algunas veces, se confiesan católicos y sueltan alguna descomunal herejía—; forman Círculos católicos de obreros, Sindicatos agrícolas, y toman parte en las elecciones de concejales y diputados.

Nada de esto es, como se ve, de origen gubernamental. Los gobiernos no pueden ni deben impedir esta labor. Y fuera de esto, ningún observador desapasionado y justo podrá decir que el actual gobierno conservador, el que preside el Sr. Maura haya torcido las leyes á favor de los católicos, ni que no haya dejado á los liberales libre campo para que hagan lo mismo que aquéllos hagan.

Es, pues, la labor una labor más bien social que estricta y restringidamente política. *El enemigo para los liberales no está en el Gobierno, ni en las esferas oficiales: el enemigo está para ellos en el pueblo mismo.* ¿Qué culpa tiene un gobierno, v. gr., de que la mujer ó la hija de un diputado ó senador, de los llamados liberales, le vaya sugerida por el confesor, con reproches y recriminaciones por supuesta manera de pensar? ¿Qué va á hacer un gobierno, si un sacerdote católico, en uso de un *perfectísimo derecho*, denuncia desde el púlpito á un periódico como liberal, y recomienda á los fieles que no lo lean?

Llega la época de elecciones, y un párroco advierte á sus feligreses, desde la cátedra de San Pedro, que no deben votar al candidato liberal. Y éste pone el grito en los cielos, clamando que es coacción electoral. ¿Coacción? Entonces será coacción todo *meeting*, toda camaña en que se ataque á un candidato ó se recomiende á otro.

Si el candidato liberal no quiere perder votos por eso, notiene sino presentarse al prelado, hacer ante él profesión de incondicional católico apostólico y romano, y pedirle que autorize su presentación. ¿No lo hace? Pues no se queje de que los católicos no lo voten, y déjese de esas andróminas de que no hay que confundir la religión con la política, y otras simplezas que han inventado los vividores, los cobardes y los hipócritas».

«La religión—termina diciendo el señor Unamuno—es cosa privada, cosa de conciencia individual, dicen y repiten los acaparadores del sentido de la realidad. Pues bien, no, no y no; la religión no es cosa privada, sino pública, es cosa de conciencia colectiva. El hombre que no se forma un concepto de su relación con Dios y no lleva ese concepto en su conducta toda y no ajusta á él su conducta pública, será siempre un esclavo é indigno de gobernar á sus semejantes».

Estos librepensadores intelectuales son terribles, *Diario*. Cada apologista involuntario de la Religión que de ellos sale, da la hora. Si son honrados é independientes, cuando en medio de su extravío alcanzan algún rayo de luz verdadera, saltan por todo, y arrollan sin piedad á esos cristianotes de pega que pretenden disfrutar todos los derechos y honores del cristianismo, reservándose la libertad de no cumplir ninguno de sus deberes, ó de subordinar éstos á intereses más ó menos mezquinos ó ilícitos.

Y es que Dios todo lo puede; hasta convertir las piedras en hijos de Abraham, *Diario*. Ya es muy viejo en el mundo aquello del hechicero luciferiano Balaam, que llamado por los moabitas para que maldijese al pueblo escogido, á la vista del campamento espléndido é inmemorable de los hebreos, sintiéndose interiormente transformado por el espíritu divino, exclamó: ¡Qué hermosos son tus tabernáculos, Jacob, y tus tiendas, Israel! y continuó entonando profecías y una larga serie de bendiciones celestiales.

Así lo cuenta la sagrada Biblia, y como quiera que también dice que Balaam repitió sus bendiciones, y nosotros tenemos almacenadas otras del Sr. Unamuno, las aprovecharemos para el próximo número.

Tóme usted maestro, *Diario*.

SR. D. RAIMUNDO RODRÍGUEZ.

Muy estimado señor: Remito las presentes cuartillas que son continuación del «Triorama». No sé cuando podré finalizarlo, porque me hallo algo acatarrado, molestándome las cefáneas, la adinamia y anorexia que acompañan á lo que vulgarmente llaman «trancazo». Si la debilidad de cabeza, fenómeno reflejo del catarro, no me lo impide en la semana que viene, procuraré concluir mi trabajo en ella; pero dudo mucho pueda hacerlo, atendiendo á mi estado morbooso. Muy poco he podido interesarme en mi escrito.

Su afectísimo servidor, ATANASIO.

Triorama psicológico

Tercera visión y última

Cada vez que pienso en mis tres visiones de la noche que dormí en Huesca, me hallo confundido. Quisiera explicar el fenómeno psicológico de la fuerte impresión que llega hasta producir íntima y profunda reconcentración casi totalmente separada de la materia, y no puedo.

En aquel mismo día había registrado varios tratados de leyes civiles; sobre mi mesa había además libro de meditaciones espirituales y al-

gunos de Cosmografía bastante completos. En los primeros me había ocupado mucho más tiempo que en el estudio de los demás. Atendiendo á la mayor impresión de los primeros, ¿por qué la abstracción psicológica fué en mis visiones acerca del libro de las meditaciones y de los asuntos de los últimos? ¿Cómo influyeron tanto en mí la sentencia «á la eternidad vamos y no lo pensamos» y los dos novísimos Infierno y Gloria del libro de meditaciones? No es posible dar solución ni en mi segunda y primera visión, ni en mi tercera y última que á continuación expreso.

Si sublime fué mi posición en el espacio antes de descender á las profundidades de la tierra, no fué menos esta segunda. En la primera disfruté de la naturaleza iluminada por el sol; en la segunda encontré una delicia indecible, rodeado de noche serena y tranquila. Me parecía estar con el ángel en el centro de una gran esfera. Habíame desaparecido la tierra y el mar con sus cordilleras. Millares de estrellas centelleaban en el sombrío azul de la doble bóveda celeste. Sobre mi cabeza, bajo mis pies, á derecha é izquierda, delante y atrás, por todas partes estaba rodeado por la inmensidad con estrellas. Solamente á mi derecha y en dos puntos, distinguíanse ligeras gasas que ocultaban algunas. Ante tan magnífico espectáculo, iba á preguntar algo al ángel, cuando noto que aquellas ligeras nubes, antes oscuras, empiezan á iluminarse; un color amarillo, suave y débil al principio, en su interior, aumentándose y extendiéndose al exterior, se modifica; el color blanco, á medida que la luz aumenta, reemplaza al color anterior; y como, si enemigos ocultos peleasen con ellas, veo forcejear entre aquellas nubecillas y después victoriosos salir sobre ellas, dos globos de plata, dos lunas. Las constelaciones de estrellas inmediatas y otras lejanas, se acogen al brillo de sus rayos, desapareciendo en ellos, y las demás estrellas que en su centelleo parecía que temblaban de miedo por la obscuridad de la noche, se apaciguan, se aquietan. Todo el firmamento, antes de un azul claro, adquiere más luz, apareciendo como un lirio azul cargado con las perlas del rocío. Ni Masaccio, ni Miguel Angel, ni Vannuci, ni Vicelli, ni Zampiri, ni Murillo, ni Benlliure, ni otros muchos, hubieran sabido copiar en sus cuadros, algún destello de aquel encanto de la naturaleza. El mar aparecía como límpido espejo, duplicando la luna y las constelaciones de la noche, retratándolas en su seno.

Separa, me dice el ángel, tu vista de la ilusión producida por el agua del mar, y eleva tu rostro hacia las alturas, á las que nos dirigimos. Deja la tierra con sus profundidades y aspira otro lugar superior, la morada celestial. En estas alturas, ya no hay ni arrebatos, ni venganzas, ni corrupciones, ni infamias políticas.—¿Ni á estas regiones puede llegar el error del liberalismo?—Aleja de ti esta idea. Le viste naufragar, cuando saliste ileso del buque acometido por la tempestad; apartaste tu vista, acongojado, del lugar del infierno en que quedó encerrado; en las regiones que ligeramente vamos á visitar, ya no existe; y más allá encontrarás cerradas siempre para él las puertas del Cielo.—Desde que salí del infierno, me encuentro muy impresionado, aun en medio de los encantos de la naturaleza; horror invade á mi alma, perturbando algo mis facultades.—Mira, pues, al Cielo; descubriremos, antes de ver su palacio, alguna de sus maravillas, que infundan en ti afectos de gozo espiritual, y te sentirás renovado.

Con rápida carrera nos internamos en nuestro sistema planetario, estudio interesantísimo en el cual Le Verrier se elevó á gran altura sobre Halley, Mackelive, Bradley, Bessel y otros. Desarrolla las funciones perturbadoras, periódicas y seculares de los planetas; analiza las excentricidades é inclinaciones mutuas de sus órbitas, y deja con fórmulas de interpretación con integración de ecuaciones diferenciales y con operaciones de ecuaciones de séptimo grado, un tesoro, catorce volúmenes, en folio, de cálculos con varios miles de observaciones. Sus tablas de los planetas, serán de memoria eterna. Distancias, movimientos, diámetros aparentes y reales, longitud heliocéntrica, inclinación de la órbita sobre la elíptica, inclinación del ecuador sobre la órbita, etc., etc., todo queda consignado con perfección admirable.

Muy brillante el sol, pasamos ante él sin atender con especialidad á las cuestiones de su constitución. No se le veía pacífico y tranquilo; manchas enormes le cubrían; estaba agitado por violentas tempestades y erizado por gigantescas llamas. Parecía alcanzar el máximum de las manchas y de las erupciones que próximamente cada treinta y tres años y cuatro meses y medio, tiene en su periodicidad principal, y á la que corresponden otros tres períodos secundarios, ó sea al tercio, cuarto y séptima parte de la misma. Esta actividad solar debe producir, entre otros fenómenos, perturbaciones magnéticas sobre toda la tierra. Atribuída por algunos, entre ellos el Padre Cirera y Balcello, á la atracción recíproca y excentricidades de varios planetas con el sol, da margen para otros á indagar una causa más directa. ¿Está basada en los rayos Roentgen, en los ultra-ciolados, en los catódicos? ¿Podrán producir la las hondas hertzianas, los electrones é iones? Muchos admiten la acción posible del radium, del coronium, del actinium, y ninguno reconoce que el elemento principal en nuestro estado actual de conocimientos, es el *Ignotium*, como dijo un célebre cosmógrafo.

Hubiera deseado penetrar en el planeta Mercurio; pero el verlo muy cubierto de nubes flotando en importante atmósfera me separó de observar sus condiciones de menor cuantía para mí que las de otros planetas. ¿Hubiera én él encontrado mercurianos? No lo sé. El considerar que este planeta gira alrededor del sol presentándole siempre una misma cara, quedando el otro hemisferio constantemente á obscuras, dando lugar á un día interminable de un lado y á una noche indefinida del otro con solo una ligerísima iluminación en las orillas del hemisferio obscuro, debida al ligero balanceo de la elíptica en la órbita, hace inclinar á la inhabilidad del planeta. Viene á ser un mundo de alta temperatura, sin días, sin horas, sin meses, sin calendario. ¿Cómo, pues, medir el tiempo en él?

Leí en una ocasión, ángel mío, que Le Verrier se hallaba confundido con las observaciones que había hecho acerca de Mercurio. Notaba perturbaciones que no podía explicar satisfactoriamente.—A Le Verrier le ocurrió para determinarlas aumentar la masa de Venus en una décima de su valor; pero creyendo él que este aumento producía errores inadmisibles, juzgó que los 38^{os} que deben adicionarse al movimiento secular del perihelio de Mercurio obedecen á una masa perturbadora, á la existencia de un nuevo planeta, ó á una serie de asteroides que circulan entre Mercurio y el sol. Dejemos este asunto que nos distrae del objeto principal.—Es cierto; se

familiariza uno con las cosas naturales de tal modo que le distraen ó apartan de lo que está sobre ellas. Así acontece con lo demás aunque sea del orden antimoral ó antirreligioso. Recuerdo que al principio de introducirse con alguna intensidad el liberalismo en España, considerábamos ser tan mala esta doctrina que al sujeto liberal nos lo representábamos como un demonio. Ahora nos hemos familiarizado de tal modo con los liberales, que éstos por un lado desvirtuando la religión, y nosotros por otro interpretando falsamente la caridad personal, casi nos hacemos liberales ó muy afines, desapareciendo casi completamente el horror al liberalismo, y hasta haciéndonos cómplices con él. No voy á entretenerme aquí en manifestar las muchas maneras de la complicidad ya por públicas simpatías con los liberales, ya elogiando los personajes, defendiendo ó excusando sus periódicos, tomando parte en sus festejos, etc., etc., porque sería necesario escribir mucho tiempo. Tampoco hay que interpretar la caridad de modo que al combatir el error tengamos que prescindir de las personas. En la misma Sagrada Escritura no solamente se dice «Iniquitatem abominatus sum», sino también «Iniquos odio habui». El Bautista llamaba á los fariseos «raza de víboras», y Jesucristo les apostrofaba con los epítetos de «hipócritas, sepulcros blanqueados, generación malvada». El melifluo Bernardo llama á Arnaldo de Brescia (gran agitador liberal de su siglo) «vaso de injuria, escorpión, lobo cruel». Sería también largo aducir otros testimonios de santos que si fueron todo dulzura con los convertidos y arrepentidos, fueron fuertes en recriminaciones mientras los reprendidos estuvieron unidos al error. La maldad y el error no se hallan sin sujeto intelectual, moral ó físico.

Observa, Atanasio, la estrella del pastor, que muchas veces en tu lugar habrás mirado en el cielo del crepúsculo como huevo de la tarde ó en el cielo de la aurora como huevo de la mañana. Es como rayo divino en las primeras horas matinales y nocturnas.—Noto mancha blanca sobre sus dos extremidades; ¿representará la nieve polar del planeta? Su resplandor deslumbrante, su atmósfera dos veces más densa que la nuestra y más elevada, sus nubes perpetuas en ella, nos presentan al planeta Venus como tranquilo y sereno, y, sin embargo, las tempestades, huracanes, granizadas y nieves de la tierra, son una ligera idea de sus fenómenos.

En nuestra veloz marcha, nos aproximábamos á la luna Satélite de la tierra. ¿Encontraremos en el cráter Platón los cambios publicados por el americano William Pickering?

Ese astro de la soledad, del encanto y del misterio, poesía de las noches, me encantaba á medida que á él más nos acercábamos; un grande deseo de visitarlo me dominaba, y no pudiendo resistirlo, supliqué al ángel pisar su suelo. Aceptada mi súplica, como viajero, penetré por sus montañas huecas. Atravesando las campiñas lunares, me acerqué á una de ellas. ¿Sería alguna de los montes Altai, la que tiene el cráter Piccolomini? Rodeado de series de taludes y de murallas, y que se elevaban unas sobre otras, subí á sus contrafuertes. Deseaba llegar á las elevadas cimas para descubrir desde allí hermoso panorama; quiero atravesar la cima de la montaña para descender del lado opuesto, pero ¡oh decepción! la montaña carece de cima.

No tiene meseta, es vacía, y su cráter es más bajo que la llanura vecina. Para pasar al otro

lado era necesario ó descender al fondo del cráter, atravesando por él y subiendo de nuevo á la pendiente opuesta, ó dar la vuelta por la abrupta y erizada pendiente de desmantelados picos. Elegí lo primero, y con el ángel recorrimos prontamente numerosos kilómetros de distancia. Sin el ángel, aunque los músculos se fatigan seis veces menos que en la tierra, la excursión hubiera sido incomparablemente más difícil que las de los héroes más temerarios de los clubs alpinos terrestres. No ví nubes, ni tempestades, ni lluvias, ni nieves; ningún ruido perturba el silencio sepulcral de la luna. El cielo aparece siempre negro, salpicado constantemente de estrellas lo mismo de día que de noche. El día y la noche próximamente de 15 días cada uno instantáneamente se producen por no haber crepúsculo Colocado á bastante altura en la montaña distinguí astro majestuoso que permanecía como inmóvil en el Cielo, apareciendo catorce veces más grande que la luna llena. Le ví girar sobre su eje, y en medio del inmenso océano verdoso distinguí las dos V superpuestas que forman la América. ¡La tierra! ¡Mi planeta! exclamé con gozo. No tardó mucho tiempo para ver el Asia y la Australia; esperé que apareciese la Europa y Africa; quise encontrar á España y si era posible mi país, y quedé sumido en grande tristeza y profunda meditación —¿Qué tienes, Atanasio, me dijo el ángel? ¿Por qué vuelves otra vez á la tristeza? ¿Qué es lo que tan profundamente te impresiona? ¿Cómo no te conmueven alegremente las maravillas del Cielo que procuro presentar ante tus ojos?—Un punto, exclamo, sólo veo para mi país; un punto es ese lugar en donde tanto se afanan mis paisanos; un punto en donde ponen su corazón: un punto que les impide elevar su corazón al Cielo. ¿Y carecerán de la subida á él? ¡siento, oh ángel mío! un grande amor hacia ellos, aun hacia los liberales que equivocadamente me persiguen, hacia los que se hallan en las tinieblas del error. ¿No hay un liberalismo bueno que pueda salvarlos?

ATANASIO.

(Se continuará).

Una pregunta y una respuesta

Se nos ha dirigido la siguiente pregunta:

¿Cómo se explica la diferencia de apreciaciones que se observa entre *Los Ecos de Monte-Aragón* y EL ALMA DE GARIBAY sobre la distribución de regalos á los niños pobres, que se hizo el día de Reyes en el casino de Camo?

Muy fácilmente.

Los Ecos de Monte-Aragón creen que aquello fué un acto de caridad y de beneficencia, y en su consecuencia lo aplaude.

A EL ALMA DE GARIBAY le consta que aquello fué de explotación mal disimulada, de una cosa en sí buena, pero con finalidad caciquera, de matute electoral, y algo peor, si cabe; y en su consecuencia desenmascara y censura.

El que quiera saber más que vaya á la escuela.

PARA QUE CONSTE

EL ALMA DE GARIBAY es un periódico anticaciquista y nada más; entiéndanlo bien, que no es ni pertenece oficialmente á ninguno de los partidos políticos hoy conocidos, y caben perfecta-

mente en él cuantas personas estén conformes con sus propósitos, los cuales se indican desde su aparición á la cabaza del periódico, y así se explica que hayan colaborado y continúen colaborando en él gentes de toda la provincia y hasta del *partido posibilista* de Camo inclusive, como habrán podido observarlo por las revelaciones de dos colaboradores, cuyos artículos han llamado extraordinariamente la pública atención, y cuyos verdaderos nombres los descubrirán los calabaceados *mediocres* y demás gente de la cuerda, el día del juicio final, ya al anochecer, si los interesados no disponen otra cosa.

¡Bien convencidos están los *pobretes* de que nada han podido averiguar á pesar de su gran empeño, trabajos de zapa, redes tendidas, palabras melosas, etc., etc. Se han quedado en ayunas!

Y sepan que ni el Director-administrador, ni colaborador alguno, nada temen, ni aunque fueran descubiertos, les harían mella las bravuconadas de teatro, ni las amenazas cursis, por lo ridículas, ni las pueriles tonterías, ni los anónimos; por eso no dejarían de llenar sus propósitos: sino cesan las inverecundas y sacrílegas producciones de Pancracio, ó el otro, que es igual, seguirá EL ALMA fustigando al caciquismo que nos deshonra hasta aniquilarlo aunque encontrara en ello el martirio y la muerte; y tendrá por honrado al que lo sea; llamará ignorantes á los ignorantes; mentirosos y falsarios á los que lo fueren y de humilde procedencia al que lo sea, que esto no es ninguna afrenta. Tengan en cuenta que el que estas líneas escribe, nada tiene de sangre azul, y sin embargo, no cede sus pergaminos, ni á los linajudos de sangre ni mucho menos á los de los cuartos por saneados que sean, pues trae su origen, nada menos que del Paraíso; nada teme y se limitará á pasar á quien corresponda una nota para que los conozcan.

Acertijo charadístico

En mi estado natural,
Soy un ser muy despreciable:
El que me pisa no sabe
Si me causa ó no algún mal.
Pero ya soy otra cosa
Cuando estoy en ejercicio
De mi peculiar oficio,
La decoración es otra.
Como me llenen el vientre
De maíz, de manzanilla...,
Aunque sea de morcilla,
Henchido me verás siempre.
Mas, si de mi nombre inviertes,
Las tres sílabas que tiene,
Sin saber si me conviene,
En otro ser me conviertes.
Una vez que estoy cambiado,
Es mi volumen tan grande,
Que á la mar, si quieres ande,
Tengo que ser trasladado.
Dos y tres en los conventos,
Si te empeñas, hallarás,
Y también encontrarás
Con *tres prima* muchos cientos.

Solución al acertijo del núm. 40

MARIFÓNS

Tipografía de Faustino Gambón